

De Cómo el Ciego Borges Escribe sus Poemas

Por Antonio Gundín

MEXICO. — "Toda mi vida ha sido una serie de errores, y he cometido demasiados errores y algunos irreparables. Ante todo yo hubiera debido ser más bueno con mis padres, les he dado demasiado trabajo. Debi imponerme el deber de ser una persona feliz y no entregarme y no me impuse ese deber. Fui muy quejoso, muy neurótico. He cometido el peor de los pecados que un hombre puede cometer (lo digo en un poema que no recuerdo ahora) el peor de los pecados: no haber sido feliz". Estas declaraciones son parte de un infinito reportaje o diálogo que con el gran escritor Jorge Luis Borges viene manteniendo un joven y exitoso poeta argentino, Rodolfo Braceli, con el fin de componer un libro cuya edición anuncia La Flor en Buenos Aires. Se titulará "Don Tercer Borges, el simulador de infamias" y, por las muestras ya ofrecidas en el semanario "Siempre" de México, se tratará de la confesión más íntima que ha hecho el creador de "Ficciones". Rodolfo Braceli, que acaba de ver reeditado su libro de poemas "El último padre" y traducida parte de su obra al inglés, ha conquistado la confianza del polémico escritor de tal modo que su libro aporta sabrosas informaciones sobre la vida íntima de Borges y es al tiempo un diálogo comprensivo (aunque crítico) entre dos generaciones literarias argentinas.

Borges confiesa sufrimientos y debilidades, reconociendo la dura soledad en que se encuentra y había apaciblemente de la muerte próxima: "Yo soy ateo, como mi padre (mi madre en cambio era muy católica) y comparto lo que decía mi padre: este mundo es tan raro que todo es posible, hasta la Santísima Trinidad. Si, en realidad yo creo que la teología es una rama de la literatura fantástica". Y dice que desea una muerte como la de su abuela inglesa: "Yo la vi morir. Un día los llamo a todos para decirles que iba a morir. Como pasaron tres o cuatro días, mi abuela, con apenas un susurro, dijo: "Yo soy una mujer muy vieja que está muriéndose despacio, muy despacio. No hay nada raro ni de interesante en esto. No hay ninguna razón para que la casa esté alborotada". Sus palabras me parecen maravillosas. Terminó restándole importancia a su muerte y especialmente pidiendo disculpas porque estaba muriendo muy despacio. En verdad, yo quisiera tener esa valentía y esa digni-

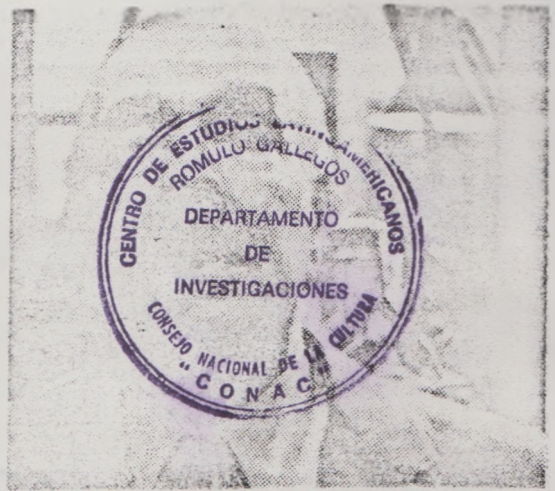
dad en el momento en que me venga la muerte".

Pero sin embargo, no procuraré la muerte: "Hace bastante tiempo que deseche la idea del suicidio. Yo creo que, desde que perdí la vista, me interesó tanto haber perdido la vista que me interesó menos la idea de perder la vida. Antes de mi ceguera pensé muchas veces en suicidarme. Pero siempre me reservé ese consuelo para más adelante. Y ahora ya es un poco tarde. Yo creo que no necesito suicidarme. Tengo setenta y ocho años: en cualquier momento el tiempo me suicida".

Rodolfo Braceli ha conseguido llevar despaciosamente al maestro a hablar de errores y de frustraciones. No ha vacilado en preguntarle qué hubiera pasado si hubiera tenido un hijo a qué sentiría si recobrará repentinamente la vista: "Me pondría a leer enseguida —contesta ansiosamente—, tal vez buscaría el tomo de las Mil y Una Noches. También trataría de ver cómo son las caras de mis viejos amigos y las de mis nuevos amigos. Trataría pronto de ver qué cara tengo yo ahora. En 1978. Supongo que debe haber cambiado bastante desde 1955 a estos días".

En esa intimidad Borges muestra cómo es que ha podido seguir escribiendo en estos veinte años de ceguera, porque junto con su joven reportero, pidiéndole que le lea cada uno de los versos, va ofreciendo la versión definitiva de un poema. Cuando se le lee el verso que había dictado "Me dicen que es la luna, pero, ¿qué puedo hacer con una palabra y con una mitología?", intenta mejorarlo: "¿Qué le parece si cambiamos 'con una mitología' y escribimos en su lugar 'con mi vaga astronomía'. Aunque no, 'vaga astronomía' suena como 'gastro astronomía'. Mejor escriba con 'una pobre astronomía'. Vigilemos después, de manera de no usar 'potre' nuevamente".

Pero otras veces incorpora nuevos versos que alteren sus viejas temas obsesivos: "No copie la línea que sigue. Ahora se me ha ocurrido agregar otras frases. Ahora quiero poner algo que casi siempre ponía, una batalla en la que se batio mi abuelo cuando tenía 21 años. Escriba: 'He soñado la batalla de Junín'. Y ahora se me está ocurriendo otra línea, es algo que tiene que ver con un recuerdo de mi infancia. Ponga, no espere, espere un poco... ya se, escriba 'He soñado el patio y la parra' y en la misma línea



Me dicen que es la luna, pero ¿qué puedo hacer con una palabra y con una mitología?

"y los picos de gas". Punto. Ponga después, abajo, en otra línea: "He soñado las laminas en acero de las (ahora con tres mayúsculas) Mil y Una Noches".

Debaten ambos el título elegido por Borges. "Timelessness" ("una palabra inglesa que yo he inventado para tratar de definir la esencia de la eternidad") aceptando buscar otro título "que no distraiga ni confundida", para concluir en el elegido: "Hoy, para siempre!". Y explica cómo nace el poema: "Me nació en el baño, como muchas veces me sucede. Estando sumergido en un baño de inmer-

sión parece que pienso mejor. Después de la primera línea, que en realidad no es mía, me fue naciendo el resto. Lo completé en cuatro noches. Esas noches se lo fui dictando a los cuatro diferentes amigos que estaban en esos momentos soportándome. Detrás de ese poema hay algo que yo he sentido muchas veces en mi vida. Es la sensación de intemporalidad. Esa sensación corresponde más bien a momentos o de mucha felicidad o de mucha desdicha en mí".

Este es el poema, en la versión definitiva, a cuatro manos:

¡HOY, PARA SIEMPRE!

El que abraza a una mujer es Adán. Eva es la mujer.
Todo sucede por primera vez.
En el cielo he visto una cosa blanca. Me dicen que es la luna.
pero que puedo hacer con una palabra y con mi pobre astronomía.
Los árboles me dan un poco de miedo. Son tan hermosos.
Los tranquilos animales se acercan para que yo les diga su nombre.
Los libros de la biblioteca no tienen letras. Cuando los abro surgen.
El que atiza unos leños inventa el fuego.
Desee el espejo hay otro que me arecha.
El que mira el mar va a luchar tierra.
El que profiere un verso de Eilencron ha entrado en la batalla.
He soñado a Cartago y a las legiones que defendieron Cartago.
He soñado la carga de Junín.
He soñado el patio y la parra y los picos de gas.
He soñado las laminas en acero de las Mil y Una Noches.
El que ha besado a una mujer ha besado a Helena.
Loado sea al amor en sí que no hay posesida ni poseedor, pero los dos se en-
(tragan)

Loado sea aquel griego que está cantando los trabajos de Ulises.
Loado sea la posadilla, que nos revela que debemos crear el Infierno.
El que desciende a un río desciende al Ganges.
El que mira un reloj de arena ve la disolución de un Imperio.
El que fuega con un puñal presagia la muerte de César.
El que duerme es todos los hombres.
En el desierto vi la joven Estifania, que acababan de labrar.
Nada hay antiguo bajo el sol.
Todo sucede por primera vez, pero sólo suceden cosas eternas.

Dom. 20 de Agosto, 1978